



**SPANISH A1 – HIGHER LEVEL – PAPER 1**  
**ESPAGNOL A1 – NIVEAU SUPÉRIEUR – ÉPREUVE 1**  
**ESPAÑOL A1 – NIVEL SUPERIOR – PRUEBA 1**

Tuesday 8 November 2005 (afternoon)  
Mardi 8 novembre 2005 (après-midi)  
Martes 8 de noviembre de 2005 (tarde)

2 hours / 2 heures / 2 horas

---

INSTRUCTIONS TO CANDIDATES

- Do not open this examination paper until instructed to do so.
- Write a commentary on one passage only.

INSTRUCTIONS DESTINÉES AUX CANDIDATS

- N'ouvrez pas cette épreuve avant d'y être autorisé(e).
- Rédigez un commentaire sur un seul des passages.

INSTRUCCIONES PARA LOS ALUMNOS

- No abra esta prueba hasta que se lo autoricen.
- Escriba un comentario sobre un solo fragmento.

Comente sólo **uno** de los textos (a) o (b).

1. (a)

Me invitaron a sentarme en un gran sofá para tres; de un lado se puso la sobrina y del otro el joven de la frente pelada. Iba a hablar la sobrina, pero el joven la interrumpió. Había levantado una mano con los dedos hacia arriba – como el esqueleto de un paraguas que el viento hubiera doblado – y dijo:

5 – Adivino en usted un personaje solitario que se conformaría con la amistad de un árbol.

Yo pensé que se había afeitado así para que la frente fuera más amplia, y sentí la maldad al contestarle.

– No crea; a un árbol, no podría invitarlo a pasear.

Los tres nos reímos. Él echó hacia atrás su frente pelada y siguió:

10 – Es verdad; el árbol es el amigo que siempre se queda.

Las viudas llamaron a la sobrina. Ella se levantó haciendo un gesto de desagrado; yo la miraba mientras se iba, y sólo entonces me di cuenta que era fornida y violenta. Al volver la cabeza me encontré con un joven que me fue presentado por el de la frente pelada. Estaba recién peinado y tenía gotas de agua en las puntas del pelo. Una vez yo me peiné así, cuando era niño, y mi abuela me dijo: “Parece que te hubieran *lambido* las vacas”. El recién llegado se sentó en el lugar de la sobrina y se puso a hablar:

– ¡Ah, Dios mío, ese señor del cuento, tan recalcitrante!

De buena gana yo le hubiera dicho: “¿Y usted?, ¿tan femenino? Pero le pregunté:

– ¿Cómo se llama?

20 – ¿Quién?

– El señor... recalcitrante.

– Ah, no recuerdo. Tiene un nombre patricio. Es un político y siempre lo ponen de miembro en los certámenes literarios.

Yo miré al de la frente pelada y él me hizo un gesto como diciendo: “¡Y qué le vamos a hacer!”.

Cuando vino la sobrina de las viudas sacó del sofá al “femenino” sacudiéndolo de un brazo y haciéndolo caer gotas de agua en el saco. Y en seguida dijo:

– No estoy de acuerdo con ustedes.

– ¿Por qué?

30 – ... y me extraña que ustedes no sepan cómo hace el árbol para pasear con nosotros.

– ¿Cómo?

– Se repite a grandes pasos.

Le elogiamos la idea y ella se entusiasmó:

– Se repite en una avenida indicándonos el camino; después todos se juntan a lo lejos y se asoman para vernos; y a medida que nos acercamos se separan y nos dejan pasar.

Ella dijo todo esto con cierta afectación de broma y como disimulando una idea romántica. El pudor y el placer la hicieron enrojecer. Aquel encanto fue interrumpido por el “femenino”:

– Sin embargo, cuando es la noche en el bosque, los árboles nos asaltan por todas partes; algunos se inclinan como para dar un paso y echársenos encima; y todavía nos interrumpen el camino y nos asustan abriendo y cerrando las ramas.

40

La sobrina de las viudas no se pudo contener:

– ¡Jesús, pareces Blancanieves!

Y mientras nos reíamos, ella me dijo que deseaba hacerme una pregunta y fuimos a la habitación donde estaba la jarra con flores. Ella se recostó en la mesa hasta hundirse la tabla en el

45 cuerpo; y mientras se metía las manos entre el pelo, me preguntó:

– Dígame la verdad: ¿por qué se suicidó la mujer de su cuento?

– ¡Oh!, habría que preguntárselo a ella.

– Y usted, ¿no lo podría hacer?

– Sería tan imposible como preguntarle algo a la imagen de un sueño.

50 Ella sonrió y bajó los ojos. Entonces yo pude mirarle toda la boca, que era muy grande. El movimiento de los labios, estirándose hacia los costados, parecía que no terminaría más; pero mis ojos recorrían con gusto toda aquella distancia de rojo húmedo. Tal vez ella viera a través de los párpados; o pensara que en aquel silencio yo no estuviera haciendo nada bueno, porque bajó

55 mucho la cabeza y escondió la cara. Ahora mostraba toda la masa del pelo; en un remolino de las ondas se le veía un poco de la piel, y yo recordé a una gallina que el viento le había revuelto las plumas y se le veía la carne. Yo sentía placer en imaginar que aquella cabeza era una gallina humana, grande y caliente; su calor sería muy delicado y el pelo era una manera muy fina de las plumas.

60 Vino una de las tías – la que no tenía los ojos ahumados – a traernos una copita de licor. La sobrina levantó la cabeza y la tía le dijo:

– Hay que tener cuidado con éste; mira que tiene ojos de zorro.

Volví a pensar en la gallina y le contesté:

– ¡Señora! ¡No estamos en un gallinero!

65 Cuando nos volvimos a quedar solos y mientras yo probaba el licor – era demasiado dulce y me daba náuseas – , ella me preguntó:

– ¿Usted nunca tuvo curiosidad por el porvenir?

Había encogido la boca como si la quisiera guardar dentro de la copita.

– No, tengo más curiosidad por saber lo que le ocurre en este mismo instante a otra persona; o en saber qué haría yo ahora si estuviera en otra parte.

70 – Dígame, ¿qué haría usted ahora si yo no estuviera aquí?

– Casualmente lo sé: volcaría este licor en la jarra de las flores.

75 Me pidieron que tocara el piano.(...) El piano era pequeño, viejo y desafinado. Yo no sabía qué tocar; pero apenas empecé a probarlo la viuda de los ojos ahumados soltó el llanto y todos nos callamos. La hermana y la sobrina la llevaron para adentro; y al ratito vino la sobrina y nos dijo que su tía no quería oír música desde la muerte de su esposo – se habían amado hasta la inocencia.

Los invitados empezaron a irse. Y los que quedamos hablábamos en voz cada vez más baja a medida que la luz se iba. Nadie encendía las lámparas.

Felisberto Hernández, *Nadie encendía las lámparas* (1947)

1. (b)

**No inútilmente**

Contemplo yo a mi vez la diferencia  
entre el hombre y su sueño de más vida,  
la solidez gremial de la injusticia,  
la candidez azul de las palabras.

- 5 No hemos llegado lejos, pues con razón me dices  
que no son suficientes las palabras  
para hacernos más libres.

Te respondo

- que todavía no sabemos  
10 hasta cuándo o hasta dónde  
puede llegar una palabra,  
quién la recogerá ni de qué boca  
con suficiente fe  
para darle su forma verdadera.
- 15 Haber llevado el fuego un solo instante  
razón nos da de la esperanza.  
Pues más allá de nuestro sueño  
las palabras, que no nos pertenecen,  
se asocian como nubes  
20 que un día el viento precipita  
sobre la tierra  
para cambiar, no inútilmente, el mundo.

*La memoria y los signos*, José Ángel Valente, 1966, Huerga & Fierro Editores